

### Capítulo III

#### La conciencia como el enviado de Dios

Luis Flores.

Como ya ha sido dicho, en los niños Sodoma y Madona no luchan, pues el hombre es naturalmente bueno y la virtud y los actos de bondad le son característicos. Así, por tratarse de algo natural en el ser humano, las buenas acciones traen alegría, pues ellas están en armonía con la naturaleza de la gente. Por otro lado, una vez que el ser humano comete un acto de maldad, comete un acto de violencia sobre su propia naturaleza, lo cual se refleja en la aparición del sufrimiento, del cargo de conciencia. La conciencia le recuerda a la persona acerca de algo elevado, de la existencia del ideal y, por ello, el despertar de esta conciencia es totalmente normal bajo estas circunstancias. Por cierto, la conciencia que trae consigo el sufrimiento, en Dostoievski siempre aparece como resultado del juicio, aunque sea inconsciente, que realiza sobre sí el ser humano que ha destruido con sus acciones el ideal y la ley de la vida y que, además, ha (pre)sentido su separación de la verdad suprema.

En su *Cuaderno de apuntes* de 1880-1881 Dostoievski escribe: «La conciencia sin Dios es horror: se puede perder en lo más inmoral» (27, 56). Por supuesto, la conciencia sin Dios es una conciencia que ha rechazado el ideal y no y no toma en cuenta para nada el principio moral del amor. Sin embargo, después de todo acabo de decir que la conciencia le recuerda al hombre la existencia del ideal. Lo que pasa es que en el *Cuaderno de apuntes* Dostoievski polemiza con Kavielin, quien afirma que es moral aquello que está en correspondencia con la conciencia y con las convicciones de la persona, a lo que Dostoievski responde que actuar conforme con las propias convicciones significa ser honesto, pero todavía no quiere decir ser una persona «moral». «El ejemplo moral y el ideal -agrega el escritor- lo tengo, está dado y es Cristo. Y pregunto: ¿quemaría Él a los herejes? No. Bueno, entonces significa que la quema de herejes es un acto inmoral. ¡La conciencia, la conciencia del Marqués de Sade! ¡Es un absurdo!» (27, 56).

Pero la «conciencia» del Marqués de Sade se caracteriza justo por la *ausencia* de conciencia. El marqués, al actuar conforme con sus convicciones, por supuesto, es honesto, pero inmoral... y sin conciencia. A lo que voy es que en realidad para Dostoievski la

«conciencia» sin Dios no es todavía conciencia. Es un absurdo. En relación con esto me viene a la mente la respuesta del diablo a la pregunta de Iván Karamázov acerca de qué tormentos hay en el otro mundo: el diablo con «amargura» responde que sólo de carácter moral, basados en los cargos de conciencia, los remordimientos<sup>1</sup>. «Bueno, ¿y quién ha ganado? -se queja él-. Han ganado sólo los que carecen de conciencia, ¿pues qué son los cargos de conciencia cuando no hay conciencia en absoluto? En cambio sufrió la gente decente, en la cual todavía quedaba conciencia y honor» (15, 78). Se puede tomar a broma las palabras del diablo, pero a veces a las bromas hay que tomarlas muy en serio. No desechemos las palabras sólo porque las dijo el diablo. No lo digo porque en el «otro mundo» se castigue sólo con cargos de conciencia, sino, más bien porque «en este mundo» Dostoievski recalca su papel fundamental en la resurrección espiritual del ser humano. Precisamente, si las personas tienen todavía la posibilidad de salvarse es sólo gracias a que la conciencia no duerme cuando su dueño ha roto la ley moral. Y en este punto hay que remarcar que, según Dostoievski, la conciencia posee una relación directa con la conservación de la imagen viva de Cristo -el ideal moral y ejemplo alcanzable a seguir- en el alma del ser humano. Aquel que perdió esta imagen, considera el escritor, es incluso capaz de la antropofagia, puesto que, una vez perdido el ideal moral, se pierde también la fuente de vida que despierta a esa conciencia. Piotr Verjovienski se constituye en un ejemplo típico de la pérdida de la imagen de Cristo: él no se detiene ante nada y nunca experimenta ni el más leve arrepentimiento. Para esto es necesaria la conciencia y él no sabe lo que es. Él es, quizás, en toda la galería dostoievskiana, el más endemoniado de todos los personajes poseídos por el mal. No quiero decir con esto que Verjovienski sea un zar entre ellos: para ello le falta la inteligencia y la fuerza que posee, en mayor grado, personajes del tipo de Raskólnikov, Stavroguin e Iván Karamázov. No es tan fuerte, pero está a tal nivel endemoniado, como no lo están otros a ese grado, lo que se refleja en el silencio de la conciencia. Pero incluso en tal endemoniado Dostoievski descubre al real y verdadero ser humano que guarda en sí la imagen de Cristo. No es casualidad que el padre de Piotr Verjovienski, Stepán Trofímovich, al referirse a su hijo y a su corte endemoniada, dice: «Incluso al más tonto de los hombres le es necesario aunque sea algo grandioso. Petrusa... ¡Ay, cómo quisiera verlos a todos ellos! Ellos no saben, no saben que

---

<sup>1</sup> Me parece un recurso genial de Dostoievski el expresar melodramáticamente a través de este diablo de pacotilla lo que, a mi juicio, son las propias ideas del escritor.

en ellos está contenida esa misma, eterna, Gran Idea!» (10, 506). Si Petrusha supiera...

En cuanto a otros personajes, resulta que incluso aquellos «sin conciencia», como Svidrigáilov, Smerdiakov, Fiódor Pávlovich o el mismo Gran Inquisidor la tienen y los atormenta. Svidrigáilov, por ejemplo, ve pesadillas en sus sueños, lo cual no sucedería si Dostoievski no considerara que en él la conciencia aún está viva. No, Svidrigáilov no es el doble de Raskólnikov capaz de traer a la práctica la teoría de la «todopermisibilidad» sin experimentar dudas, como a veces consideran. Él no es esa «fuerte persona» que no se detiene ante nada al considerarse con derecho a todo. Svidrigáilov también se atormenta, también es capaz de sentir compasión y también se encuentra del lado de las «criaturas temblorosas» de las que habla Raskólnikov. Si no lo soportó y se disparó es porque en él, después de todo, estaba viva la chispa divina capaz de despertar la conciencia. La conciencia se despertó, pero Svidrigáilov no estaba listo para esto. En lo que concierne al viejo Fiódor Pávlovich, este gran voluptuoso, la conciencia origina un sentimiento de pena por sí mismo, por sus acciones. Se siente humillado ante la gente por los actos que él mismo comete y eso lo lleva a realizar aún más ruindades, en la misma medida que experimenta su propia caída. En su caso, la conciencia le permite distinguir entre el bien y el mal, pero, al verse indigno, realiza más actos de maldad, pues para el bien está demasiado débil. El placer que él encuentra en el mal es para sí mismo amargo. En tanto que su amor al hijo Aliosha descubre su nostalgia oculta por el ideal, ya que, ante los ojos de Fiódor Pávlovich, si hay alguien cercano al ideal humano, es, precisamente, Aliosha.

Con Smerdiakov la cuestión es bastante más compleja, pues es una persona dominada por el odio, hasta tal grado que no es capaz de amar, ni siquiera a sí mismo. A él le parece que la vida le jugó una pesada e insoportable jugarreta al obligarlo a nacer y a vivir en la humillación. Él lleva a la práctica la teoría de Iván acerca de que todo está permitido y asesina por dinero a Fiódor Pávlovich. Nunca se arrepiente del asesinato, pero, al estilo de Raskólnikov, nunca usa ese dinero; al contrario, se lo entrega a Iván y, luego, se suicida. Sin embargo, el suicidio no se debe a un directo tormento de conciencia; más bien parece el resultado de un sentimiento de abandono ante el peso de la responsabilidad que tomó para sí al cometer el asesinato. Aquí no se trata, todavía, de conciencia, pero, de alguna manera, ya es el embrión. Smerdiakov no experimenta ningún arrepentimiento y sale de la vida trayendo consigo aún más mal al no confesar su crimen, lo cual terminó por condenar a Dmitri

Karamázov, si no a muerte, por lo menos a un gran sufrimiento. Smerdiakov vivió y murió odiando. Y entonces, la conciencia, ¿dónde está en su caso? Recordemos que poco antes de su muerte Smerdiakov sufre de alucinaciones y le parece que «Dios» lo visita. Por supuesto, esto todavía no demuestra que la conciencia lo atormenta pues, a fin de cuentas, la aparición de «Dios» se puede explicar por el deseo de Smerdiakov de no quedarse solo con la responsabilidad después de realizar el asesinato, más aún que Iván, ese «fuerte» Iván que «dio» su acuerdo para cometer el crimen, resultó ser una persona débil y no ese dios<sup>2</sup> capaz de tomar para sí el pecado de la gente y, con ello, liberarla de la responsabilidad de sus actos y permitirle caer una y otra vez. Sí, seguramente es así, pero no sólo eso: según creo, Smerdiakov por cobardía se crea a este dios fantasmal, a quien toma por la Providencia misma, si bien admite, incluso ahora, que todavía no cree en Dios. Aquí, por supuesto, nos encontramos con cierto absurdo reforzado por la irreverencia con la que se vuelve hacia Iván en la «presencia» de Dios. Smerdiakov no se arrepiente, pero se acobarda ante el probable abandono en el que se hallaría en caso de que Iván no hubiera dado su acuerdo. Pero, ¿quizás, en algún recóndito lugar, la conciencia se mueve? Sí, aunque esto no genera sentimientos de culpa. Él está lejos de tal sentimiento, pero es digno de mención que Smerdiakov, el ateo Smerdiakov, en ese momento comenzó a leer el libro *Las palabras de nuestro Santo Padre Isaac, el Sirio*, y esto sugiere que todavía siente un sentimiento de miedo por su futuro, pero un cierto tipo de miedo, diría yo, místico. ¿Y qué si Dios y la inmortalidad existen? No, yo no afirmo que Smerdiakov haya llegado a creer en esto y, con todo, el mismo hecho de que, después del asesinato cometido por él, comenzó a ver a «Dios» y a leer a Isaac, el Sirio, es bastante característico. Más aún cuando, en *Los hermanos Karamázov*, Dostoievski, por medio de las enseñanzas de Zosima (y es muy importante que, precisamente, por medio de Zosima, quien es el ideal cristiano encarnado del escritor), trae a colación una serie de ideas de este padre de la iglesia. ¿Y qué ideas? Acerca del infierno. De tal manera, Smerdiakov ve a «Dios», pero piensa en el infierno. Y si su mente se mueve en esta dirección significa que, en algún rincón de su subconsciente, reconoce el pecado que ha cometido pues bien que sabe para quien está destinado el infierno. Sin embargo, reconocer el pecado no significa arrepentirse. Smerdiakov no llega a tanto y, tan no llega, que no piensa para nada en Fiódor

---

<sup>2</sup> «¡En usted -dice Smerdiakov-, están cifradas todas mis esperanzas, como si se tratara del Señor Dios mismo!» (15, 44).

Pávlovich siquiera con un poco de piedad. A pesar de ello, al admitir la posibilidad de la existencia de Dios y, luego, del infierno mismo (aunque sea «por si acaso»), desnuda ante nosotros el miedo que experimenta. Miedo porque, si Dios y la inmortalidad existen, entonces él mismo tendrá que seguir existiendo. Y si la inmortalidad existe, entonces, seguro, el infierno también existe. En consecuencia, su boleto al infierno lo tiene bien ganado. Si esto es así, si en realidad Smerdiakov teme el infierno, entonces quiere decir que la conciencia empezó a actuar en él y que lo obliga a reconocer, y a darse cuenta, que realizó algo que exige castigo. En Dostoievski la conciencia, cuando la imagen de Cristo penetró profundamente en el ser humano, comúnmente lleva al arrepentimiento, pero tal acto no se da en Smerdiakov, pues su alma permanece cerrada para aceptar esta imagen, de ahí que él perezca aplastado por el miedo y el odio. Él no le dio a la conciencia el tiempo para que ésta limpiara el camino y con ello ayudara al amor a entrar a su corazón y esto es muy importante, pues con el amor llegaría también Dios.

La imagen del Gran Inquisidor se destaca en el mundo de Dostoievski no sólo porque él es un personaje literario, creación de otro personaje literario, sino por una buena cantidad de otras causas. Sin embargo, para los objetivos de esta parte del trabajo, me interesa, por lo pronto, aquel aspecto en el que la conciencia del Gran Inquisidor se deja sentir con toda su fuerza. Recordemos que el viejo Inquisidor ordena aprehender a Cristo y se dispone a quemarlo en la hoguera para que Él no estorbe a la construcción de la Torre de Babel y del gran hormiguero universal. El anciano Inquisidor reconoce a Cristo como Dios, pero le reprocha que creó al hombre como un rebelde débil y, aun así, exigió demasiado de él, condenando con ello a la gente a un sufrimiento excesivo y a la muerte, pues sólo los más fuertes -y hay muy pocos de ellos en comparación con los millones y millones de humanos débiles- podrán lograr la meta de la unión con Dios.

El Gran Inquisidor culpa a Dios por un profundo desconocimiento de la humanidad, creada por Él mismo. De ahí que afirme que Él actuó como si no amara al hombre al regalar a éste la innecesaria libertad. En este razonamiento el Gran Inquisidor fundamenta su separación de Dios y su aceptación del espíritu inteligente de la destrucción, el cual entendió mejor la esencia del alma humana y, por lo mismo, supo proponer el único camino posible para traer a los hombres la felicidad: darles el pan, tranquilizar su conciencia y satisfacer su sed de inclinarse ante alguien.

No me detendré en la base teórica de la no aceptación de Dios por parte del Gran Inquisidor. Lo importante aquí es el reconocimiento directo de este personaje en el sentido de que él mismo se alejó de Dios y que, supuestamente por amor a la humanidad, ahora está con el espíritu del mal, con el diablo. Orgullosamente mira a Cristo y le dice: «no tienes derecho a juzgarme pues Tú mismo eres culpable de las desgracias de la gente y yo, al aceptar las tentaciones del inteligente espíritu, corregí Tú hazaña y actué no sólo de forma más correcta, sino que también más piadosa, ya que me interesan, más que los elegidos, los millones y millones de débiles rebeldes».

El Gran Inquisidor se sincera con Cristo, a quien él acepta como Dios. Se sincera entendiendo que Él lo sabe todo de antemano. Es decir, se puede pensar que la confesión del Gran Inquisidor está totalmente de más, si no considerar una circunstancia: por décadas calló ocultando de la gente su secreto y ahora le es necesario abrirse ante el mismo Cristo. El calló acerca de su traición y este silencio lo oprime demasiado. Toda la vida ha vivido en el engaño y en este hecho se encierra su sufrimiento. Pero tal sufrimiento sería imposible si la conciencia no hablara en el Inquisidor en nombre del ideal perdido. He aquí la cuestión, pues el Gran Inquisidor sabe que traicionó el verdadero ideal y siente la falsedad de su postura. Le falta el aire cuando orgullosamente habla con Cristo y llama a Dios a que, si se atreve, lo juzgue, aunque aparentemente no le dé derecho a ello. Pero el reto del Inquisidor no es más que una pose del hombre atormentado por su conciencia. Su postura orgullosa es sólo la reacción de la fiera herida. Vivió todo el tiempo justificándose, pero ninguna justificación era suficiente para tranquilizar a su conciencia. La traición realizada por él lo atormentaba con excesiva fuerza y no pudo nunca liberarse de este peso. Por esto al Gran Inquisidor le era necesario expresarse, defenderse, arrojar parte del peso, respirar lo más profundamente posible. ¡Aire! ¡Aire! Y no es casualidad que espera de Cristo aunque sea las más terribles y amargas palabras. Y espera justamente esto porque él mismo ya hace tiempo que se juzgó, sabiendo que no está la verdad con él, que no tiene razón. Por si fuera poco, la autocondena lleva al Gran Inquisidor a la percepción y convencimiento de que es imposible ser amado *con merecimiento*. Y este gran tormento lo obliga a decirle a Cristo, cuando Aquél lo ve con ojos dulces: «Enfádate, no quiero tu amor, porque yo mismo no te amo» (14, 234). El Gran Inquisidor se atormenta aún más porque el amor de Cristo le es terriblemente necesario, mas siente que ya no puede, no tiene derecho a aceptar el amor, aun cuando proceda de Dios.

Vive en ese infierno de tormentos en el cual el amor se considera ya imposible y odia y rechaza a Dios por el hecho de que él mismo necesita de Su amor, de que lo desea aceptar, en la misma medida que no puede hacer esto, con todo y que desee hacerlo, pues ¿cómo aceptar un inmerecido amor? Así es, si bien ello no significa que la conciencia le impide aceptar el amor de Cristo. La culpable no es la conciencia, la cual abre los ojos del Gran Inquisidor a la verdad, sino su orgullo penetrado por el odio y que lo convierte en uno de esos «mártires bondadosos» de los que habla Zosima (ver 14, 293).

En *Apuntes del subsuelo*, el protagonista afirma: «Estoy firmemente convencido de que no sólo mucha conciencia, sino incluso toda conciencia es una enfermedad» (5, 102). ¿En qué sentido enfermedad? En el de que la enfermedad siempre está ligada con la idea de sufrimiento. Cuando reconoces «todo lo hermoso y elevado» (5, 102) y lo comparas con la realidad, con el estado actual del mundo, no se puede no sufrir. El hombre está enfermo de la conciencia de la falta de correspondencia entre el mundo, tal cual es, y el ideal<sup>3</sup>. El que no ha tomado conciencia, el hombre «sano», es aquel que lo menos que hace es preocuparse por el ideal y lleva un tipo de vida monótono y sin sobresaltos. El hombre «sano» está enfermo de indiferencia hacia la idea superior de existencia, así como de una visión estrecha sobre la vida. No es ni frío ni caliente, sino tibio. A propósito, a los personajes más característicos de Dostoievski, a excepción de Stavroguin, se les puede acusar de muchas cosas, no de tibieza. Ellos siempre padecen de la «enfermedad» conciencia y resuelven las preguntas eternas de la humanidad y de cuya solución dependen sus vidas. Viven en permanente confusión hasta que encuentran una respuesta satisfactoria a todo lo que les atormenta. Su principal estado vital es «existo, luego dudo». En este sentido son unos existencialistas. Sufren profundamente sus dudas en tanto que no se encuentren con el ideal y lo acepten de mente y corazón y, quizá, precisamente en esto la conciencia cumple con su cometido de manera magistral: no deja en paz a las personas y no les permite unirse a la legión de los tibios: los conduce entre *tormentos* y *dudas* hacia el ideal, sin dejar lugar al descanso, en tanto que así sea necesario. Se puede decir que Dios dio al hombre la libertad para elegir entre el bien y el mal, pero, como un acto de amor, le dio la conciencia para que no pereciera, aunque, es cierto, a veces la psique del ser humano reacciona a la acción de la conciencia de forma bastante

---

<sup>3</sup> Si Dostoievski pensaba así durante los 60, ya en los 70 reconoce la santidad y la perfección de la creación, sin considerar, en parte, al ser humano.

---

paradójica. Así, por ejemplo, en la novela *El adolescente* Makar Ivánovich Dolgoruki relata el caso de un soldado que se emborrachó y luego asaltó a alguien. En el juicio lo absolvieron, a pesar de que lo confesó todo y es muy probable que lo hicieran así justamente porque «se culpó de todo, con llanto y arrepentimiento» (13, 304). Lo liberaron, pero allá afuera se empezó a sentir mal. «Empezó a sentirse triste. Se puso reflexivo. No come, no bebe, con la gente no habla. Y al quinto día fue y se colgó» (13, 309-310). Tal caso se puede explicar, desde la perspectiva de Dostoievski como el resultado lógico de que el juicio rompió las expectativas propias del soldado. Su alma estaba sedienta del merecido castigo, la conciencia exigía pagar por el pecado cometido. En este sentido Dostoievski considera que no se puede así sin más absolver a los criminales, que, a fin de cuentas, para ellos es mejor el castigo severo, pues el alma exige la «autopurificación con el sufrimiento» (21, 19).

Autopurificarse busca inconscientemente Raskólnikov luego del asesinato y por ello es obligado a estar echado en la cama durante varios días presa de la fiebre. Incluso antes del asesinato la conciencia intenta detenerlo. El inconsciente, en el sueño, se rebela en contra de los planes de Raskólnikov: Raskólnikov sueña con una escena de su infancia cuando, delante de él, mataban a un pobre caballo. El pequeño niño lloraba de lástima por el caballo y su alma se llenaba de lágrimas por el ya grande Raskólnikov que se aprestaba a realizar el ritual de la muerte en nombre de una idea. Pero el intento de la conciencia fracasó y no pudo anular el estado de posesión en el que se encontraba Raskólnikov, ni detener el mal. Sin embargo, no estaba vencida: la vía de la purificación empezó con un sueño de advertencia, luego del asesinato continuó con un sueño nuevo, con una especie de olvido ardiente, una pérdida de fuego de los sentidos, una enfermedad, con la que la conciencia le dice: «te equivocaste, te permitiste derramar sangre según tu con mi aval, pero nunca tuviste mi permiso». Y la cuestión aquí no radica sólo en que él «entendió» que no debió transgredir la ley moral, porque no se halló digno, según su propia teoría, porque no era uno de esos «fuertes» individuos que poseen el derecho a hacerlo, sino que resultó ser sólo una «criatura temblorosa», un «piojo». Sí, esto juega un papel determinante en la confesión de Raskólnikov acerca de su «falta de derecho», aunque lo principal es otra cuestión: Raskólnikov siente un profundo e inevitable asco hacia aquellas personas que han implementado en la práctica, sin ningún remordimiento aparente, su teoría de la «todopermisibilidad», aunque, por otra parte, personajes como Luzhin o Svidrigáilov están lejos de formar parte del grupo de los genios,

de esos grandes hombres que tienen derecho a todo, con tal de llevar a la humanidad a un nuevo nivel de su desarrollo. Así, su conciencia no está de acuerdo con esta teoría absurda; al contrario, protesta con tal fuerza que Raskólnikov no tendrá un punto de descanso en tanto que no entienda que la idea, por la que perdió su libertad y quedó como poseído, es un perfecto disparate. Y seguirá sufriendo en la medida que no descarte esta teoría y que no adopte en su vida la imagen de Cristo.

Aproximadamente sucede lo mismo con Iván Karamázov. La misma idea de la todopermisibilidad envenenó su vida y llevó a este personaje a ser «cómplice» de un parricidio. Él, como Raskólnikov, en realidad no acepta su propia teoría e, incluso, estructura su rebelión en contra de Dios sobre la base de que no es permisible crear la futura armonía al costo de las lágrimas y sufrimiento de una criatura inocente. Por otra parte, si Dios no existe, como lo afirma Iván, y, a partir de ello «todo está permitido», entonces la rebelión pierde sentido e Iván se encuentra en un callejón sin salida, pues al no existir Dios y al afirmar que todo está permitido, él acepta que en este vodevil de los mil diablos las lágrimas y el sufrimiento de los niños inocentes son permisibles. Pero esto es sólo teóricamente, porque exista o no exista Dios, en esencia, Iván no puede aceptar tal situación. Su rebelión no es sólo contra Dios y, en todo caso, es más bien un grito desesperado en contra de la injusticia y del mal imperante. Y lo quiera o no, en su alma él tiene sed del ideal y extraña a Dios, a pesar de que su orgullo le hace darle la espalda y regresarle el boleto a la armonía prometida.

Cuando el parricidio aún está en gestión la conciencia la da a entender a Iván que está involucrado en un asunto sucio. Iván lo percibe y, por ello, sin saber exactamente por qué, se reprocha diciendo: «¡Soy un canalla!» (14, 255).

Iván no se apiada de su padre, ni siente por él lástima. En toda la novela no encontraremos una sola palabra de conmiseración hacia él y, sin embargo, el parricidio lo cimbró. Él no puede aceptar el que cierto Smerdiakov, un lacayo nato, lo enmarañó en una red de complicidad y de crimen y, por este motivo, intenta desesperanzadamente desligarse de ese Iván que, de una manera incomprensible, coadyuvó a la realización del asesinato. La conciencia no lo deja en paz y el inconsciente busca una salida de prisión y, para ello, libera aquello que Iván trata de impedir que se manifieste en la superficie. Tal liberación da origen al diablo; cierto, un diablo de bajo calibre y a través del cual Iván, indirectamente, le devuelve

la vida a su padre<sup>4</sup>. Y es natural que así sea, pues el inconsciente cobró tal fuerza debido a que Iván necesitaba urgentemente limpiar la casa. Toda la suciedad se había acumulado en las profundidades y el alma exigía empezar ese proceso de limpieza y esto sólo era posible en el caso de que Iván se diera cuenta de la mentira con la ayuda de la cual contribuyó a ensuciar su mundo, lo vació de sentido y aumentó la cantidad de maldad, contra la que tan ardientemente se había rebelado. El diablo aparece sobre la faz de la tierra como fruto de la rebelión de la conciencia de Iván en contra del mal y de la injusticia a la que éste se unió con sus acciones y su teoría de la todopermisibilidad. Precisamente en esta rebelión se haya la solución al enigma que el diablo le plantea a Iván cuando éste se apresta a ir al juicio para pedir la liberación de su hermano Dmitri y para declarar en contra de Smerdiakov y de sí mismo: «Todavía no te has decidido -le dice el diablo-. Toda la noche estarás sentado y decidiendo: ¿ir o no ir? Y de todos modos irás y sabes que irás (...). Irás porque no te atreverás a no ir. ¿Por qué no te atreverás? Eso adivínalo tú. ¡He aquí un acertijo para ti!» (15, 88). El diablo le dice a Iván que «no se atreverá» a no ir y, a partir de tal situación, Iván encuentra que «*Le mot de l'énigme* es que soy un cobarde!» (15, 88). Pero la solución al enigma no se encuentra en la cobardía, ni por cobarde Iván trata de zafarse del peso de la responsabilidad que le corresponde por injusticia nueva que se consumaría, en caso de que condenen a Dmitri y que lo dejen a él libre. La solución está en la rebelión de su conciencia, de esa profunda conciencia que no está de acuerdo con las viejas y nuevas ruindades. Ella reconoce la culpa de Iván y no puede permitir un mal mayor. Y no lo puede permitir porque el mismo Iván necesita de algo elevado y puro. Él está cansado de la suciedad y, a pesar de que su mente euclidiana rechaza la armonía, la desea, aspira al ideal y desesperadamente busca a Dios. «*Le mot de l'énigme*» no es que sea un cobarde, sino que él, aun sin darse cuenta, ama a Dios y no puede no amarlo. «No se atreverá» a no amarlo porque esta cuestión se podrá resolver sólo «del lado positivo», ya que esta es una característica de su corazón «y en ella está todo su tormento» (14, 65). De tal manera, la aparición del diablo es el resultado del juicio realizado por la conciencia de Iván sobre él mismo, motivado por el desacuerdo de esa conciencia en aceptar la teoría del todo está permitido y en conformarse con algo menor al ideal.

---

<sup>4</sup> Ver mi artículo «Самосуд Ивана Карамазова (образ черта)» // Достоевский и современность. Тезисы выступлений на «Старорусских чтениях», ч. II, Новгород, 1993, с. 133–139.

Muy a menudo en Dostoievski el ser humano que transgredió la ley moral siente que perdió toda relación con el mundo. Esto pasa, por ejemplo, con Raskólnikov y con Stavroguin. Llama la atención que en los materiales preparatorios para la obra de *Crimen y castigo* Dostoievski motiva la denuncia, que Raskólnikov hace de sí mismo ante las autoridades, de la siguiente manera:

NB. «¡Pero qué derecho tengo yo, yo, un vil asesino, a desear la felicidad a la gente y a soñar con la Edad de Oro!

Yo quiero tener ese derecho».

Y como consecuencia de eso (de este capítulo) él va y hace una denuncia contra sí mismo (7, 91).

Dostoievski no realizó lo anterior en la variante definitiva de *Crimen y castigo*, pero tenía la intención de hacerlo en *Los demonios*. Desgraciadamente el editor de *Russkij Viestnik (El mensajero ruso)* no permitió la publicación del capítulo *Con Tijon* y la idea, una vez más, se quedó entre bastidores. En este capítulo Stavroguin le da a Tijon a leer su confesión, en la cual relata cómo una vez soñó con el paraíso terrenal y, por primera vez se sintió feliz, pero, inmediatamente después de este sueño vio la imagen de Matriosha, aquella niña a la cual violó. «Desde entonces -escribe Stavroguin acerca de esta imagen-, se me aparece casi cada día (...) la llamo y no puedo dejar de llamarla, a pesar de que no puedo vivir con esto» (11, 22). De esta manera, Stavroguin se decide a escribir su confesión, imprimirla y enviarla a diferentes periódicos, a la policía, etc. Es decir, él, como Raskólnikov, siente que no tiene derecho a soñar con la Edad de Oro, pero desea tenerlo. Como vemos, en Dostoievski a menudo el ser humano experimenta el llamado del ideal, pero, para responderle, no es suficiente desearlo; la conciencia le plantea una condición: ser digno del ideal, merecerlo. En *Los hermanos Karamázov* el Visitante Misterioso le confiesa a Zosima el crimen que hace tiempo cometió. Este crimen lo atormenta desde hace 14 años y con dolor reconoce: «Ahora no me atrevo a amar no sólo a mi prójimo, sino a mis propios hijos» (14, 280). No se atreve tampoco a aceptar el amor de otros para con él. El infierno continúa hasta aquel día en el que, por fin, por consejo de Zosima, confiesa su crimen, pero enferma y, poco antes de morir, agradecido, le dice al *starets*: «Dios se apiadó de mí y me llama. Sé que estoy muriendo, pero después de tantos años experimento la alegría. De golpe sentí en mi alma el paraíso en cuanto

---

ejecuté lo que hacía falta. Ahora ya me atrevo a amar a mis hijos y a besarlos» (14, 283). Ahora se atreve porque realizó lo que la misma conciencia le exigía y porque se limpió de aquella falsedad con la cual vivió durante mucho tiempo. En otras palabras, para Dostoievski no se puede hablar de felicidad, no importa de qué manera se represente, en tanto que el ser humano sinceramente no se dé cuenta que en verdad la mereció. Y no me refiero aquí a la «verdad torcida», ilusoria de aquel que cree encontrarla incluso en el abismo de la propia caída moral, sino a aquella que la conciencia reconoce sin ambages como pura y plena. Ningún amor, ningún paraíso son alcanzables para quien rompió la ley moral y no satisfizo las exigencias de la conciencia acerca de la purificación con la aceptación del sufrimiento por los pecados cometidos.

Al hombre transgresor de la ley moral le parece que la misma vida lo repele, que el mundo se escurre entre sus manos y le deja sólo una cosa: la maldición.

Todo en la tierra desapareció. La gente está aquí, pero igual desapareció.

La maldición.

¿Podrá él regresar a la gente, el cielo, la tierra y lo demás, con lo que antes vivió?

Dostoievski no afirma que el criminal rompe toda relación con el mundo; más bien cree que así debe parecerle al mismo criminal. Esto es, incluso, inevitable, ya que en el hombre existe, por así decirlo, cierta ley moral interior que conduce al alma por el camino que ofrece menor resistencia y mayor alegría, porque este es el camino del bien y en él el alma se siente realizada y plena. Y en cuanto el hombre empieza a desviarse de ese camino, el guardián del templo, la conciencia, se prepara para la batalla; surge una resistencia interna del alma misma debido a que el nuevo camino es percibido como ajeno, situación totalmente natural, pues la vía verdadera emite el aroma de la bondad y está saturada del amor procedente de Dios. En cambio, cuando el hombre se aparta, aunque sea un poco, de este amor y elige el camino falso, comete entonces un acto de violencia sobre sí mismo y el alma no puede no sufrir por ello, pues le han bloqueado el camino a Dios, su fuente y su patria. Y este sufrimiento se detendrá sólo hasta que ella vuelva, de nuevo, a Dios, su hogar, y se presente ante Él, limpia de todo lo que le es ajeno. El trabajo de la conciencia consiste precisamente en estar atenta al llamado del alma en su anhelo de reencontrarse con el ideal perdido y en mostrar al hombre el camino correcto para regresar allá, donde lo espera el Padre. En otras palabras, para Dostoievski la conciencia juega el papel de pastor en el rebaño

de Dios. Sin embargo, mientras ese regreso no se consume, el alma se atormentará con la sed de un nuevo encuentro con Dios e irá por el mundo llevando consigo su añoranza y desesperación. Desde este punto de vista, se puede decir que tal añoranza la experimentan casi todos y no puede ser de otra manera, pues, como afirma Zosima, todos somos pecadores. Y este «somos» se refiere a aquellos mismos «espíritus celestiales» que vamos por el mundo «nublados por una idea pecaminosa» y de los cuales habló el joven Dostoievski. Y ya que todos somos pecadores, que nadie se atreva a condenar el pecado ajeno, ya que nadie está limpio. Que nadie se atreva a condenar a los criminales porque, de una u otra forma, no somos mejores que ellos y, en alguna medida, somos ante ellos culpables pues, si en verdad fuéramos mejores, entonces podríamos impedir la caída de ellos. Pero ya que fueron ellos quienes transgredieron la ley no hace falta rechazarlos: sin eso ya de por sí la desgracia los ha alcanzado...

Dostoievski está seguro de que el pueblo ruso entiende la tragedia de la gente que ha traspasado la línea de la ley, de ahí que no los aleja, «por el contrario, como que les dice: “Ustedes pecaron y sufren, pero igual nosotros somos pecadores. [...] Rueguen por nosotros y nosotros lo haremos por ustedes. Y en tanto, tomen nuestras “infortunadas” migajas; las damos para que ustedes sepan que los recordamos y que no hemos roto los lazos de hermandad con ustedes”» (21, 17).

En este sentido cabe prestar atención a que para Dostoievski la conciencia se erige como la puerta hacia la verdad tanto externa, como interna. Ella conduce al ideal que vive adentro y afuera del hombre y, a fuerza de esto, es precisamente la conciencia la que puede realizar un juicio justo sobre la gente, porque sólo ella conoce el camino hacia el ideal y sabe hasta qué punto nos desviamos de él. Sin embargo, su juicio se habrá de producir no para excomulgar, sino para regresar al hogar que se ha abandonado. En este sentido, el escritor sufría y estaba profundamente preocupado porque la ley y sus tribunales, a su juicio, tenían un carácter *punitivo* y, por ello, su fundamento era equivocado, falso y condenado al fracaso. Lo que pasa es que Dostoievski consideraba que, en la misma medida en que el estado se fuera transformando en iglesia, el tribunal social-religioso debería tomar el lugar del tribunal civil. Insisto, no un tribunal que excomulga, sino uno que reconoce la tragedia del transgresor y que responde a ello con un acto de comprensión, perdón y amor para permitir al ser humano renacer en el bien. Así, se requiere sustituir al tribunal civil ya que éste padece de terribles

deficiencias. Una de ellas es la postura de los propios abogados que se ponen a justificar o a condenar a los imputados, pues muy a menudo se desvían de la justicia y convierten el juicio del tribunal no en una sincera aspiración de descubrir la verdad y de corregir a la persona, sino en un juego mental especulativo en donde los hechos -reales o inventados- se colocan como en un tablero de ajedrez y se mueven por él dependiendo de la estrategia del jugador-abogado y del papel que éste desempeñe, ya sea como defensor o como fiscal. Y no es casualidad que en *El adolescente* Dostoievski, a través de las palabras de Makar Dolgoruki remarque que el abogado es una «conciencia alquilada» (13, 310), en tanto que, ya a nombre propio, en *Diario de un escritor* de 1873, en un tono bastante fuerte Dostoievski diga: «Oh, por supuesto, yo entiendo toda la utilidad y toda la altura de la vocación del abogado, tan respetada por todos. Pero no se puede evitar a veces mirar involuntariamente desde otro punto, estoy de acuerdo, a veces frívolo: después de todo, qué tan duro es su cargo, como de reo. Y pienso para mí: ¡se mueve de aquí para allá, se retuerce como culebra, miente contra su propia conciencia, contra sus propias convicciones, contra toda moral, contra toda la humanidad! No, en verdad que no en vano toman dinero» (21, 23).

Para Dostoievski este momento es muy importante, sobre todo porque durante él se puede estar decidiendo el destino del ser humano. En tales minutos no se puede mentir en contra de la conciencia y de la moral. La verdad es necesaria. Además, el objetivo del juicio civil a menudo se limita a separar al criminal de la sociedad; tal enfoque carece de piedad y no tiene nada que ver con el cristianismo.

El escritor no estaba en contra de castigar a los criminales, incluso consideraba que esto era necesario en tanto que nuestra sociedad no llegue a ser verdaderamente cristiana. Pero Dostoievski estaba decididamente en contra de tal tribunal que no considerara las necesidades espirituales del ser humano. Así, por ejemplo, en *Los hermanos Karamázov* el escritor describe el proceso que se lleva a cabo en contra de Dmitri Karamázov, a quien se culpa de parricidio. Siendo inocente, Mitia se comporta como todo un caballero que ingenuamente espera de los representantes de la justicia que ellos también se conduzcan como caballeros en relación con él. Él cree en la buena voluntad de aquellos quienes deben juzgarlo, pero a cambio recibe vacío. Nadie siente verdadera empatía; nadie intenta penetrar en realidad su alma, conocerlo. Vacío. Sólo los juegos psicológicos del fiscal, para quien Mitia es únicamente un objeto de investigación. El defensor también se divierte y nadie ve

ante sí al ser humano. Tal tribunal y tal juicio, cree Dostoievski, son innecesarios. ¿Y qué es necesario? Antes que nada, reconocer que los demás también somos pecadores, que también somos culpables junto con el criminal al no haber sabido detener su desesperación e impedir el mal, al no ser capaces de abrirle los ojos a la luz de la verdad e iluminar su alma. Una vez reconocido esto no nos apresuraríamos a condenar, pero tampoco nos apartaríamos de la verdad. Lo principal aquí es que no se actuaría en contra de la conciencia y se trataría de, ante todo, tratar de ver con el corazón puro al criminal. Evidentemente, esto será posible en la misma medida en que el amor al prójimo reine en el alma de las personas, como es el caso, por ejemplo, de Aliosha Karamázov. Hace falta ser capaces, como él lo es, de «encontrar en el ser humano al ser humano»; más aún, al Cristo en el ser humano. Y de la misma manera en que nuestra conciencia escucha la voz del ideal y nos conduce a él, de esa misma forma se necesita darle a ella la posibilidad de ayudar a otros a alcanzar el ideal. Esto significa, en tal caso, que el juicio del hombre también se realizará, pero con el conocimiento de que no somos mejores que el criminal y, por tanto, este juicio se hará sin reproches y sin condena. Al contrario, éste se realizará como un acto de amor y, como tal, será justo, pero también piadoso. Veamos cómo escribe al respecto Dostoievski en su *Diario de un escritor* de 1877: «El propio juez humano debe saber de sí mismo que él no es el juez final, que él mismo es un pecador, que la balanza y la medida en sus manos serán absurdas, si él mismo, sosteniendo la medida y la balanza, no se inclina ante la ley del misterio aún insoluble y no recurre a la única salida: la Misericordia y el Amor» (25, 202).

Si la corte llegara a adoptar tal carácter, entonces su objetivo obligadamente llegaría a ser, ya no aislar de la sociedad al miembro indeseado, sino su resurgimiento. Tal cambio se dará, según Dostoievski, conforme esta corte moderna, casi pagana, se vaya transformando en cristiana. Por eso para el escritor el tribunal ideal es el social-eclésiástico (Dostoievski cree que alguna vez será una realidad) que no castiga, que no envía a trabajos forzados y no ejecuta a los culpables y que, por el contrario, se pre-ocupa de la resurrección y de la salvación del hombre. La principal propiedad de este tribunal es que el criminal, habiendo violado la ley, no puede entrar en ningún trato con su conciencia, pues entenderá que se levantó no simplemente en contra de la sociedad, sino que lo hizo, en primer lugar, contra la iglesia y, por tanto, contra Cristo... E ir contra Cristo no cualquiera se atrevería.

Este tipo de tribunal, considera Dostoievski, será posible cuando el estado cambie su

---

esencia y se convierta en iglesia<sup>5</sup>, cuando el estado se convierta, sobre todo, en una sociedad cristiana y, por ello, separará de sí todo objetivo que no sea acorde con los objetivos cristianos. Sin embargo, en tanto que esto no ha sucedido, de todos modos la iglesia juega un papel esencial en la prevención del mal y en el renacimiento del ser humano. Así, Zosima afirma que «si ahora mismo no existiera la iglesia de Cristo, no habría entonces nada que detuviera al criminal en sus actos de ruindad y no habría por ellos después castigo; es decir, un castigo verdadero, no el mecánico [...] que sólo irrita el corazón en la mayoría de los casos, sino el castigo real, el único verdadero, el único que aterra y pacifica y que consiste en la toma de conciencia de la propia conciencia» (14, 59).

Así, el verdadero castigo consiste «en la toma de conciencia de la propia conciencia». Precisamente por esto incluí en esta parte de mi trabajo la cuestión del tribunal, en consideración de que, según piensa Dostoievski, el verdadero juicio se consuma en el interior de la persona. Y en cuanto a la iglesia, ella no pronuncia ninguna sentencia; ella no condena, pero si coadyuva a la consumación del juicio. «Si hay algo que protege a la sociedad, aun en nuestro tiempo -continúa Zosima- y que incluso corrige al mismo criminal, lo regenera y transforma en otra persona, eso es, una vez más, única y exclusivamente *la ley de Cristo manifestada en la toma de conciencia de la propia conciencia* (remarcado por mí – Luis Flores). Sólo reconociendo su culpa, como hijo de la sociedad de Cristo, es decir, de la iglesia, él reconoce también su culpa ante la misma sociedad, o sea, ante la iglesia» (14, 60). Y no hay nada más doloroso que esto.

Zosima dice que la iglesia «se hace a un lado ella misma del castigo activo» (14, 60), pues ya de por sí el criminal es suficientemente castigado por el tribunal del estado. Sin embargo, agrega que la iglesia se hace a un lado porque «el juicio de la iglesia es el único que contiene la verdad en sí mismo y que, como consecuencia de ello, ni esencial, ni moralmente se puede combinar con algún otro tipo de juicio, ni siquiera hacer concesiones temporales» (14, 60). ¿Y en qué radica la veracidad del juicio eclesiástico? En que éste señala el mal, pero no dicta sentencia; en que su «castigo» descansa en «la ley de Cristo manifestada en la toma de conciencia de la propia conciencia» del criminal, en que, en vez de excomulgar, «intenta preservar totalmente con el criminal la comunión de la iglesia cristiana [...] y lo

---

<sup>5</sup> Véase el primer capítulo publicado en el número anterior: [El cristianismo de Dostoievski. Capítulo I: Las tres iglesias](#).

trata, más que como culpable, como prisionero» (14, 60) de sus propias ideas y pasiones. Esto significa que se mostrará al criminal la más sincera misericordia, pues todos entenderán que se trata de una persona caída en desgracia y que se encuentra prisionera de sus pensamientos pecaminosos, por los cuales él mismo sufre. Y no puede ser de otra manera porque en el interior del hombre, en su naturaleza, la ley de Cristo está marcada y, cuando la infringe, su propia conciencia es de alguna manera consciente de esta violación, después de lo cual ella misma comenzará a actuar de la manera necesaria para que sea restaurada, nuevamente, la ley de Cristo. En esencia, este mismo objetivo es perseguido por el juicio de la iglesia. En este sentido, se puede decir que el juicio social-eclesiástico conforma una especie de conciencia superior de la sociedad cristiana y que actúa de manera concertada con la conciencia de cada persona, miembro de la sociedad, es decir, de la iglesia, y que sigue en sus relaciones el principio del amor cristiano, para el cual lo principal es el resurgimiento del hombre caído en desgracia. Además, tanto el juicio de la iglesia, como el juicio de la conciencia se caracterizan porque escuchan el llamado del alma del ser humano -o del pueblo- que siente nostalgia por el ideal perdido y lo llevan, a través del camino necesario de purificación, de regreso a él.